confesar todo lo que está en la sagrada Escritura, y cuanto Dios tiene revelado á su Iglesia (1).

¿Qué cosas son esas? — Eso no me lo pregunteis á mi que soy ignorante; doctores tiene la santa madre Iglesia que lo sabrán responder.

Bien decis, que á los doctores conviene, y no á vosotros, dar cuenta por estenso de las cosas de la fe: á vosotros bástaos darla de los artículos como se contienen en el Credo.

(1) *Véanse las esplicaciones de los folios* 12, 13, 14, 15 *y* 16.

SEGUNDA PARTE

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA,

EN QUE SE DECLARA

LO QUE SE HA DE PEDIR, Y LAS ORACIONES DE LA SANTA MADRE IGLESIA.

Ya hemos visto como sabeis lo que habeis de creer, que es lo primero. Vengamos á lo segundo, que es lo que se ha de pedir. Decid: ¿quién dijo el Padre nuestro? — Jesucristo. — ¿Para qué? — Para enseñarnos á orar.

Despues de haber advertido Jesucristo á la multitud que le seguia el secreto con que debian hacer sus buenas obras, especialmente las limosnas, pasó á enseñarles tambien el modo con que habian de orar, y dió principio á esta paternal instruccion previniéndoles (1): que no imitasen á los hipócritas, que puestos en pié oraban en las sinagogas y en los ángulos de las plazas para ser vistos de los hombres: porque estos, dijo, ya recibieron su premio (en su vanidad): que tampoco imitasen á los paganos que hablaban mucho en la oracion, creidos de que, hablando mucho, serian mejor oidos. Nada de esto hagais, añadió, porque vuestro Padre celestial sabe lo que os es necesario. Hechas estas prevenciones, vosotros, dijo, habeis de orar así: Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre; venga á nos el tu reino; hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo. El pan nuestro de cada dia (1) dánosle hoy, y perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos á nuestros deudores, y no nos dejes caer en la tentacion; mas líbranos de mal. Amen. Aquí concluyó el Soberano Maestro esta divina oracion, que llamamos *Padre nuestro* por la palabra con que principia. Oracion breve, pero que contiene

(1) *Matth.* 6, 5 *et seq.* — (2) *Luc.* 11, 3.

cuanto se puede pedir á Dios santamente. Oracion perfecta, que debe ser el modelo de todas las oraciones. Oracion en fin, que dictó el mismo Hijo de Dios para enseñarnos á orar.

¿Qué cosa es orar? — Es levantar el corazon á Dios y pedirle mercedes.

Orar es dirigirse el hombre á Dios, buscando en su infinita bondad el manantial de sus bienes, y en su infinita misericordia el remedio de sus males; es ir á presentar en su divino acatamiento la muchedumbre de sus miserias para que se apiade de él y se mueva á socorrerle; es ir á implorar el perdon de sus pecados y los auxilios de la gracia para no volver á cometerlos; es, en fin, ir á suplicar que le conceda aquellos bienes espirituales que necesita para salvarse, y aquellos bienes corporales que convengan á su salvacion: de donde se sigue, que la oracion no es otra cosa que un movimiento del alma que se dirige á Dios, pidiendo su salvacion y lo que convenga á su salvacion. La oracion es necesaria, porque lo es la salvacion que se pide en ella, y Dios no quiere conceder la salvacion á los que han llegado al uso de la razon sin que se le pida. Es verdad, dice San Agustin (1), que el Señor nos da algunas cosas sin que se las pidamos, como son el principio de la fe, el deseo de orar, los primeros movimientos hácia el bien, y otras á este modo; pero son infinitas las que no quiere darnos sin que se las pidamos, como son la gracia santificante, la victoria contra las pasiones, y sobre todo el don de la perseverancia final, sin el cual no hay salvacion para nosotros. Por esto nos exhorta tanto Jesucristo á que velemos y oremos. Velad y orad, nos dice por san Mateo (2). Velad y orad, nos repite por san Marcos (3). Velad, orando en todo tiempo, añade por san Lucas (4); y como si no bastáran tan multiplicadas exhortaciones, añade su ejemplo. Pasaba el Señor noches enteras orando (5), y no entraba en alguno de los sucesos principales de su vida sin prepararse con la oracion. Antes de dar principio al ministerio de su divina predicacion, oró mucho tiempo en el desierto, y la víspera de su santísima pasion oraba en el huerto con tanto fervor, que llegó hasta sudar sangre. Se

(1) *De dono persever.* 26. — (2) 26, 41. — (3) 13, 33. — (4) 21, 36. — (5) *Luc.* 6, 12.

engañan, pues, lastimosamente aquellos cristianos que miran la oracion como propia únicamente de eclesiásticos y religiosos, y de algunas personas dedicadas á la piedad. En el órden que ha establecido el Señor para la salvacion de los hombres, la oracion es absolutamente necesaria á todos los que han de vivir y morir en la divina gracia y entrar en la eterna gloria.

CONDICIONES PRINCIPALES DE LA ORACION.

Atencion. El sumo respeto debido á la Majestad de Dios, con quien vamos á hablar en la oracion, exige de nosotros una atencion reverencial y constante. Cuando nos ponemos á orar, debemos entrar en espíritu, segun el pensamiento de san Bernardo (1), en la sociedad de los bienaventurados, y considerar al Rey de la gloria sentado sobre un trono infinitamente mas brillante que las estrellas. ¡Cuál deberá ser nuestra atencion! Seguramente no se verá que un hombre, cuando está suplicando á los pies del trono de un monarca de la tierra que le perdone sus yerros, que le remedie sus necesidades, ó que le conceda gracias y mercedes, no conserve la atencion mas respetuosa, mas viva y mas constante. ¿Pues cuál deberá ser la nuestra, cuando estamos pidiendo estas mismas cosas al Monarca de los cielos?

Pero se dirá, que es imposible conservar una atencion semejante; que tanto nuestro pensamiento como nuestra imaginacion son indomables; que dan vuelta al mundo sin licencia y sin advertirlo su dueño; y en fin, que estamos tan sujetos á distraernos, que muchas veces, como observa santo Tomás, el mismo empeño que tomamos en no distraernos, es una distraccion, porque pasamos á ocuparnos del empeño. Convenimos en que todo esto, por desgracia, es demasiado cierto, pero es necesario convenir tambien en que el hombre conserva sobre su pensamiento é imaginacion, á pesar de haber quedado tan desordenados por el pecado original, una parte de su primer dominio, el cual debe emplear hasta donde alcance, para conservar su atencion en la oracion y

(1) *Serm.* 2, 5 *de Vid.*

no distraerse *voluntariamente*, porque las distracciones *involuntarias* no perjudican á la oracion.

Humildad. La immensa majestad de Dios, á quien vamos á suplicar; nuestra indignidad, la multitud de nuestras miserias, nuestra probreza, y la suma necesidad que tenemos de que el Señor nos mire con piedad y nos socorra..... todo está clamando humildad en el que ora; y no habrá cosa mas insufrible que presentarnos sin humildad á pedir á Dios sus gracias é implorar sus misericordias. Las sagradas Escrituras casi nunca nos hablan de la oracion sin juntar con ella la humildad. Ya nos dicen que la oracion del humilde penetra las nubes (1); ya que el Señor mira la oracion de los humildes y no desprecia sus ruegos (2); ya que en vano se le edifican templos y se le ofrecen sacrificios é inciensos, si no les acompaña un espíritu contrito y humillado (3); pero sobre todo, la parábola del fariseo y el publicano es la prueba mas concluyente de la necesidad de orar con humildad. Dos hombres subieron al templo á orar, dice Jesucristo (4), el uno fariseo y el otro publicano. El fariseo, estando en pié, oraba en su interior de esta manera. « ¡O Dios! gracias os doy porque no soy como los otros hombres, robadores, injustos, adúlteros, así como este publicano. Ayuno dos veces en la semana, y doy diezmo de todo lo que poseo. » El publicano por el contrario, estando á lo lejos, no osaba ni aun levantar sus ojos al cielo, sino que heria su pecho, diciendo: « ¡O Dios! mostraos propicio á mi, pecador. » Os aseguro, concluye Jesucristo, que este, y no aquel, volvió justificado á su casa: porque todo el que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado.

Confianza. La humildad en nada debe disminuir la confianza con que hemos de pedir á Dios. El Señor se agrada del alma que, prevenida de la humildad, se acerca á pedirle con confianza. Es esta tan necesaria en el que ora, que el Apostol Santiago nos asegura (5): que un alma que pide sin confianza, es semejante á una ola del mar que, agitada del viento, es traida acá y allá; y que no piense que ha de recibir cosa alguna del Señor; y esto es muy justo, porque ¿qué podremos alegar para orar sin confianza? ¿Que no so-

(1) *Eccli.* 35, 21. — (2) *Ps.* 101, 18. — (3) *Ps.* 50, 18, 19. *Isai.* 66, 1, *et seq.* — (4) *Luc.* 18, 10. — (5) *Ep. cath.* 1, 6, 7.

mos acreedores á las gracias que pedimos? ¡Ah! eso es tan cierto, que los mayores Santos han confesado lo mismo. ¿Que el Señor no puede concedernos cuanto bueno le pidamos? Eso sería negar su Omnipotencia. ¿Que no quiere? Eso ofenderia su bondad. ¡O cristianos! si nuestra confianza se fundára en la generosidad de los hombres, sería muy razonable nuestra desconfianza, pero se funda en la generosidad de Dios; ¿qué mayor seguridad? Es el Señor un Padre cariñoso, que nos ama con mas ternura que todos los padres del mundo á sus hijos; que está siempre dispuesto á oirnos favorablemente, y que desea que no pongamos estorbos á su bondad para hacernos felices. Jesucristo dirigió una reprension muy viva á todos aquellos que no ponian una entera confianza en su Padre celestial. Si alguno de vosotros, les dijo (1), pidiere pan á su padre ¿por ventura le dará una piedra? O si le pidiere un pez ¿le dará por pez una serpiente? O si le pidiere un huevo ¿le dará un escorpion? Pues si vosotros, siendo malos, sabeis dar cosas buenas á vuestros hijos, ¿cuánto mas vuestro Padre celestial dará buen espíritu á los que se le pidan? Contemos, pues, con la caridad inmensa de nuestro Padre celestial: presentémonos á pedirle con una confianza humilde y filial, y no dudemos que nos dará, no precisamente lo que le pidamos, sino otra cosa mejor, que será aquello que nos convenga.

Perseverancia. No basta orar con atencion, humildad y confianza; es necesario además orar con perseverancia. Jesucristo no solamente exhortaba con frecuencia á la perseverancia en orar, sino que se valió de las parábolas y ejemplos mas enérgicos para persuadirla. Despues de decirnos (2) que conviene orar siempre y no desfallecer, nos propone la parábola de una viuda que á costa de mucho tiempo y de contínuas instancias obliga al fin á un juez injusto á que la haga justicia. En otra parte (3) nos propone la de un hombre que va á pedir á media noche tres panes prestados á un amigo, y aunque el amigo se resiste á levantarse y abrir su puerta en aquella hora, tanto le importuna, que al fin consigue que se levante y le dé cuantos panes necesita; pero sobre todo en el ejemplo de la Cananea (4) parece que no solo quiso hacer-

(1) *Luc.* 11, 11, 12, 13. — (2) *Luc.* 18, 1, *et seq.* (3) *Id.* 11, 5 *et seq.* — (4) *Math.* 15, 22, *et seq.*

nos patente la necesidad que tenemos de perseverar, pidiendo hasta conseguir, sino darnos tambien el modelo mas acabado de la perseverancia.

Era esta una mujer pagana de la raza de Canaán. Habia oido hablar mucho de los prodigios que obraba Jesucristo, y como supiese que se acercaba á los términos de Tiro y Sidon, donde ella moraba, corrió á su encuentro, y apenas alcanzó á verle, principió á clamar : Señor, hijo de David, tened misericordia de mí. Mi hija está malamente atormentada del demonio : pero el Señor continuaba su camino sin contestarla, ni dar á entender siquiera que la oía; mas no por esto cayó de ánimo. Constante en su peticion, seguia á Jesucristo, clamando : Señor, hijo de David, tened misericordia de mí. Cansados los discípulos de oir sus clamores, se acercaron á Jesucristo, y le rogaban, diciendo : Despachadla, Señor, porque viene clamando tras de nosotros; pero el Señor les respondió : Yo no he sido enviado sino á las ovejas que perecieron de la casa de Israél. Esta respuesta de Jesucristo fué para la suplicante mucho mas dolorosa que habia sido su silencio, pues nada la dejaba que esperar, puesto que ella era Cananea y no pertenecia á la casa de Israél; pero esta mujer admirable, en vez de desanimarse, redobla su fervor, corre, se abre camino por entre la multitud, se presenta delante de Jesucristo, se postra á sus divinos pies, le adora, y clama : Señor, socorredme. Un rasgo tan tierno, una fe tan viva, una esperanza tan animada, una postura tan humilde, y una súplica tan fervorosa y reverente, aún no hicieron impresion, al parecer, en el ánimo de Jesucristo. No es bueno, la respondió, tomar el pan de los hijos y echarlo á los perros. Esta segunda respuesta era capaz de intimidar y desesperanzar á la misma esperanza. Sin embargo, esta mujer, este modelo de la perseverancia, saca de ella un nuevo motivo de esperanza. Sin dejar su humilde postura, toma, por decirlo así, la palabra á Jesucristo y replica con viveza : Es verdad, Señor, que no es bueno echar el pan de los hijos á los perros; pero tambien los cachorrillos comen de las migajas que caen de la mesa de sus dueños. ¡O mujer! dijo entonces Jesucristo, grande es tu fe. Hágase como lo pides; y desde aquella hora quedó sana su hija. Tal es el modelo que nos presentó Jesucristo para que conociésemos la necesidad de orar con perseverancia, y el término hasta donde debemos llevar nuestras

súplicas é instancias. Si esta fervorosa madre no hubiera perseverado en pedir, su hija no habria logrado sanar; y si este modelo de la perseverancia no hubiera llevado tan adelante su pretension, tampoco habria cogido el fruto de su oracion.

Peticion. Entre las cosas que podemos pedir hay unas que siempre son buenas para nosotros, porque ni nosotros podemos hacer mal uso de ellas, ni ellas pueden dejar de ser buenas. Estas son la felicidad eterna y los medios para conseguirla, esto es, la gracia y las virtudes; y estas cosas debemos pedirlas absolutamente, porque absolutamente son buenas para nosotros. Hay otras que no siempre son buenas para nosotros, ó porque nosotros podemos hacer mal uso de ellas, ó porque ellas nos pueden ser perjudiciales. Estas son las felicidades temporales, los bienes, los honores, la salud y la vida; y estas debemos pedirlas condicionalmente, esto es, si nos convienen, porque son muchos los casos y circunstancias en que no nos convienen. Además es necesario pedir con órden: primero, las cosas que son absolutamente buenas, y despues las que lo son solo condicionalmente. Jesucristo enseñó toda esta doctrina en una sola sentencia. Buscad primero, dijo (1), el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas (las temporales) se os darán como por añadidura. Y efectivamente, el primero, el grande, y en rigor el único objeto de nuestras peticiones, debe ser el reino de Dios y los medios para conseguirle, que son las obras justas.

Es verdad que tambien podemos pedir cosas temporales, pero no ha de ser para fijarnos en ellas, sino para que nos sirvan de paso al reino de los cielos. Hermanos, escribia san Pablo á los Corintios (2), el tiempo es breve : lo que resta es que los que tienen mujeres, sean como si no las tuviesen; y los que lloran, como si no llorasen; y los que se alegran, como si no se alegrasen; y los que compran, como si no poseyesen; porque pasa la figura de este mundo. Dios no nos concede las cosas temporales para que nos fijemos en ellas, sino para que nos valgamos de ellas en nuestro viaje al cielo : por consiguiente, si no nos han de servir para hacer este gran viaje, no debemos pedirlas; y si nos han de estorbar, debemos pedir que no se nos concedan. Si la hacienda, la honra,

(1) *Matth.* 6, 33. — (2) I. *Ep.* 7, 29, 30 *et* 31.

la salud, la vida misma han de impedir nuestra salvacion, debemos desear que Dios no nos las conceda, por mas que se las pidamos; porque no nos importa poseer bienes ú honores, ni disfrutar buena salud y larga vida en el mundo, sino vivir y reinar eternamente en el cielo.

En nombre de Jesucristo. Todas nuestras peticiones se han de hacer en nombre de Jesucristo. Dios, en los consejos de su eterna sabiduría, ha determinado no conceder mercedes á los hombres, sinó en nombre de su Santísimo Hijo. No hay salud en ningun otro, dice san Pedro (1), ni hay otro nombre bajo del cielo en que nos sea preciso salvarnos. Pero ¿qué es pedir en nombre de Jesucristo? Es unir nuestras oraciones á su mediacion, y apoyar nuestras súplicas sobre sus méritos. Es presentarnos á los pies del trono del Eterno Padre á implorar sus misericordias y pedir sus gracias por medio de su amantísimo Hijo. Es valernos de un mediador, no solamente poderoso, sino tambien necesario, porque, como dice san Agustin (2), la oracion que no se hace por Jesucristo, no solamente no quita el pecado, sino que ella misma es pecado. Por eso nuestra Madre la Iglesia concluye sus oraciones con estas palabras: *por nuestro Señor Jesucristo.* Conclusion humilde y llena de consuelo, dice el señor Bosuet (3). Humilde, porque confiesa nuestra insuficiencia; y llena de consuelo, porque nos nuestra en quién está nuestra fuerza: y esto se estiende tan lejos, que aun cuando interponemos con Dios las intercesiones y méritos de los Santos, como asimismo los de la Santísima Vírgen, añadimos tambien á ellas esta necesaria conclusion: *por nuestro Señor Jesucristo*: porque en efecto, á Jesucristo somos todos deudores de las gracias que recibimos de su Eterno Padre, y de la paciencia y misericordia que usa con nosotros. Jesucristo es el Sacerdote eterno (4), establecido en la casa de Dios para interceder siempre por nosotros; es el gran Justo que tenemos en el cielo por abogado para con Dios; es el Pontífice santo, inocente, inmaculado, separado de los pecadores y colocado sobre los mas altos cielos, que presenta por nosotros á su Eterno Padre el inmenso sacrificio de su pasion y muerte.

Oracion mental y vocal. La oracion mental es toda interior, y consiste en súplicas que hacemos á Dios, sin valernos de palabras. La vocal es además esterior, y consiste en súplicas que hacemos á Dios, valiéndonos de ellas. La oracion mental puede hallarse, y se halla muchas veces, sin la vocal; pero la vocal jamás puede hallarse sin la mental. La oracion vocal sin la mental no es otra cosa que un ruido de palabras, porque nada importa que se muevan los labios si no pide el corazon. La oracion vocal es mas cumplida y mas llena, porque suplican á un tiempo la lengua y el corazon, y se ofrecen al Señor la sumision del espíritu y el sacrificio de los labios; pero la oracion mental es la esencial.

(1) *Act.* IV, 12. — (2) *In Ps.* 108. — (3) *Medit. sobre los Evang.* — (4) *Hebr.* 7, 21....

Meditacion. Mas no debe confundirse la oracion mental con la meditacion, aunque una y otra sean interiores. Meditar no es orar. Meditar es discurrir y reflexionar. El que trata de un negocio grave, ó de una resolucion importante, piensa, reflexiona, discurre, pero no ora ni pide. La meditacion, pues, no es oracion. Esto es indudable, mas tambien lo es que la meditacion es el alma de la oracion. Por eso los varones sabios y piadosos que han tratado de la oracion, han enseñado constantemente, que la meditacion debe precederla y mezclarse tambien con ella, si se quiere que sea fructuosa. Efectivamente, la esperiencia de todos los tiempos ha hecho ver los admirables frutos que produce la oracion, cuando la precede ó acompaña la meditacion. Por eso sería de desear que, arreglada por un director sabio y prudente esa multitud de oraciones vocales con que se hallan agobiadas muchas almas piadosas, se entregasen estas á la meditacion empleando en ella una parte del tiempo que ahora gastan en rezar. Su corazon se mejoraria, y adelantaria mas en un dia con la meditacion y oracion, que en un año con esa multitud de rezos, dice el cardenal Cayetano.

Penetrados de esta verdad los santos Fundadores de las religiones, han cuidado mucho de que en sus comunidades preceda la meditacion á la oracion, especialmente á la mental; y los sabios del cristianismo, persuadidos de esta misma verdad, han escrito hermosos tratados de meditacion y oracion, presentando en ellos, con una energía admirable, las principales verdades de la religion para preparar materia á la meditacion, y han dado al mismo tiempo reglas llenas de prudencia para la direccion de los fieles en este asunto importante. Entre ellos el venerable P. Fr. Luis de Granada,

cuyas obras componen un siglo de literatura piadosa, escribió un tratado de la meditacion y oracion, tan acabado y proporcionado á toda clase de personas, que nunca será alabado ni recomendado bastantemente. Lo que ha enseñado este pequeño libro, las almas á quienes ha desengañado, y las que ha sacado del camino del vicio y llevado al de la virtud, son innumerables. Por otra parte, su coste es tan proporcionado, que apenas habrá quien no pueda comprarle, y menos quien no se determine á hacer este corto sacrificio por el bien de su alma.

Oracion comun. Esta es la que hacen dos, tres ó mas personas reunidas. Jesucristo la dejó recomendada de un modo muy eficaz, prometiéndonos que si dos de nosotros nos reuniésemos á pedir alguna cosa sobre la tierra, nos será concedida por su Padre, que está en los cielos, porque donde están dos ó tres congregados en mi nombre, añadió (1), allí estoy en medio de ellos. ¡ Qué recomendacion puede darse mas eficaz de la oracion comun, que asegurarnos el mismo Jesucristo que él está en medio de los que así oran, para que su Padre celestial les conceda lo que piden! Esto hacia que los cristianos de los tiempos fervorosos, sin distincion de eclesiásticos y seglares, se reuniesen á orar en la Iglesia al amanecer, en varias horas del dia, al anochecer, y aun á media noche; y esto ha hecho tambien que la oracion comun se haya conservado en una parte del estado eclesiástico, como en las corporaciones de catedrales, colegiatas y algunas otras, y particularmente en las comunidades religiosas. Los fieles deben procurar seguir, en cuanto buenamente se lo permitan su estado y circunstancias, esta práctica de orar en comun, concurriendo al templo del Señor á implorar en él sus misericordias y solicitar sus gracias, bien sea orando reunidos, ó bien sea orando cada uno por sí solo, pero congregados en la casa de oracion, y unidos en un mismo espíritu de fe, religion y piedad.

Oracion particular. Esta es la que hace cada persona retirada de las demás. Tambien es muy provechosa, y algunas veces mas que la comun, porque la soledad y el silencio contribuyen mucho al recogimiento, y el que ora en su retiro, no se halla oprimido por los miramientos humanos, y

(1) *Matth.* 18, 20.

tiene libre su espíritu para entenderse con Dios y entregarse á los sentimientos piadosos de su corazon. Los solitarios y anacoretas oraban siempre en sus retiros, á escepcion de algunos dias señalados que se reunian á orar en comunidad. El mismo Jesucristo, que como hemos visto se pone, por decirlo así, al frente de la oracion comun, nos recomienda tambien la particular. Cuando orares, dice (1), entra en tu aposento, y cerrada la puerta, suplica á tu Padre en secreto, y tu Padre, que ve lo secreto, te dará lo que le pidas. El cristiano, pues, debe practicar la oracion comun y la particular, puesto que una y otra está recomendada por Jesucristo. Debe aprovechar las ocasiones de orar reunido con otros fieles y en público, y las de orar solo y en secreto. En fin, debe valerse de la oracion comun como de arma mas poderosa, y de la oracion particular como de arma mas acomodada.

Cuando decis el Padre nuestro ¿con quién hablais? — Con Dios nuestro Señor.

Cuando decimos el Padre nuestro no hablamos solamente con la primera persona de la Santísima Trinidad, que es el Padre, sino tambien é igualmente con la segunda, que es el Hijo, y con la tercera, que es el Espíritu Santo. Hablamos con Dios trino y uno. Decimos Padre *nuestro* y no del universo, porque en rigor no puede llamarse Padre de aquellas criaturas que carecen de entendimiento para conocerle y de voluntad para amarle; ni tampoco ellas pueden llamarse hijas de Dios, sino criaturas de Dios ú obras de Dios, porque siendo puramente corporales, ninguna semejanza pueden tener con Dios, que es un espíritu purísimo. Despues de los Angeles, solo á los hombres conviene el augusto nombre de hijos de Dios, ya porque hemos sido criados á su imágen y semejanza, y ya porque hemos sido adoptados por hijos suyos en virtud de los méritos de Jesucristo; y por lo mismo en este mundo, solo los hombres tenemos derecho á llamar *Padre nuestro* á Dios nuestro Señor.

¿Dónde está Dios nuestro Señor? — En todo lugar, especialmente en los cielos y en el Santísimo Sacramento del altar.

Dios está en todas partes, porque es inmenso. Donde quiera que nos hallamos, estamos sumergidos en esta in-

(1) *Matth.* 6, 6. — (2) *Ps.* 138, 7.

mensidad, á la manera que los peces del mar, donde quiera que se hallan, están sumergidos en sus aguas: por eso decia David (1): ¿A dónde huiré, Señor, de tu presencia? Si subiere al cielo, tú allí estás; si bajáre al infierno, estás presente; y si tomáre las alas del alba y voláre á habitar en las estremidades del mar, allí me rodeará tu diestra. Dios, pues, está en todas partes, y lo está *por esencia, potencia y presencia.* Por *esencia,* porque está dando el ser, el movimiento y la vida á todas las cosas. En Dios vivimos, nos movemos y somos, dice san Pablo (2). Por *potencia,* porque todo está sujeto á su imperio. Señor, Señor, Rey Omnipotente, decia Mardoqueo (3), todas las cosas están puestas en vuestro poder, y nada hay que pueda resistir á vuestra voluntad. Por *presencia,* porque todo lo tiene á su vista. No hay criatura invisible á sus miradas, y todas las cosas están descubiertas y patentes á sus ojos, dice el mismo san Pablo (4). Te engañas miserablemente, pecador, si cuentas con las tinieblas para ofender al Señor, porque las tinieblas no son oscuras para Dios (5), y la noche luce, como el dia, en su presencia. Pero Dios está especialmente en los cielos y en el Santísimo Sacramento: en los cielos está como en su corte soberana, llenándolos de su gloria y comunicándola á todos los bienaventurados; y en el Santísimo Sacramento está tan real y verdaderamente como en los cielos, aunque oculto en un misterio; y si no comunica en él su gloria á los hombres, les dispensa sus gracias y sus dones para disponerlos á entrar en su gloria.

¿Cuál de las oraciones es la mejor? — El Pater noster. *— ¿Por qué? — Porque la dijo Jesucristo por su boca á peticion de los Apóstoles.*

La oracion del Padre nuestro no salió de labios humanos, sino de la boca divina de Jesucristo: ¿qué oracion podrá compararse con ella? Las oraciones que han dictado los hombres mas sabios y mas santos en el discurso de todos los siglos, jamás podrán igualarse á esta divina oracion, dictada por el mismo Hijo de Dios. Oracion superior á todas las oraciones; oracion incomparable, porque la dijo Jesucristo por su boca.

(1) *Ps.* 138, 7. — (2) *Act.* 17, 28. — (3) *Esth.* 13, 9. — (4) *Hebr.* 4, 13. — (5) *Ps.* 138, 12.

¿Por qué mas? — Porque tiene siete peticiones fundadas en toda caridad.

La oracion del Padre nuestro es tambien la mas escelente de todas las oraciones, porque se compone de siete peticiones fundadas en aquella caridad, que consiste en amar á Dios sobre todo y sin límites ni medida, en amarnos á nosotros ordenadamente, y en amar á nuestros prójimos como á nosotros. Las tres primeras pertenecen al amor de Dios, su honra y gloria; y las otras cuatro al amor ordenado de nosotros mismos y de nuestros prójimos. Esta oracion del Señor, dice san Agustin (1), es el modelo de las peticiones, y aun cuando cada uno sea libre para pedir á Dios con palabras diferentes de las de esta divina oracion, como lo hace la Iglesia frecuentemente, ninguno es libre para pedir otra cosa que lo que se contiene en esta divina oracion; de modo que esta oracion celestial es la mas escelente, no solo porque la dijo Jesucristo por su boca, sino tambien porque es el modelo mas acabado, la regla mas completa y la espresion mas hermosa de la caridad, contenida en sus siete peticiones.

¿Cuáles son? — La primera, santificado sea el tu nombre. — ¿Qué pedis en esa peticion? — Que el nombre de Dios sea conocido y honrado en todo el mundo.

Cuando pedimos aquí que el nombre de Dios sea santificado, no pedimos para Dios alguna santidad que le falte. Dios es la santidad esencial, de donde procede toda santidad en el cielo y en la tierra. Lo que pedimos es, que Dios sea conocido, adorado y alabado en todo el mundo. Pedimos que los idólatras, que aún adoran dioses falsos, conozcan al Dios verdadero, le adoren, le alaben, y le sirvan; que los judíos reconozcan en Jesucristo al Hijo de Dios vivo, prometido á sus patriarcas, anunciado por sus profetas, y esperado tanto tiempo y con tantas ansias por sus padres; que los herejes y apóstatas abjuren sus errores, sujetando la soberbia de su corazon al humilde y divino yugo de la fe; que los cismáticos, que con su lastimosa separacion han rasgado la túnica sin costura de Jesucristo, vuelvan reconocidos á la unidad de la Iglesia; y en fin, pedimos que los cristianos que tenemos la dicha de ser los verdaderos ado-

(1) *Serm.* 18, *de divers.*

radores de Dios, honremos á Dios con una vida tan justa y virtuosa cual conviene á sus verdaderos adoradores.

¿Pero deseamos de veras lo que pedimos en ella? ¿Procuramos que á lo menos por nuestra parte sea honrado este santísimo nombre? ¡Ojalá que asi fuese, y que no se pudiera decir á los cristianos en el dia lo que san Pablo echaba en cara á los judíos en su tiempo! Vosotros, les decia (1), os gloriais en la ley, y deshonrais á Dios quebrantando la ley. Por vosotros, añadia, es blasfemado el nombre de Dios entre los gentiles. En efecto, nosotros no solamente no honramos á Dios con la santidad de nuestra vida, sino que le deshonramos con nuestras malas costumbres; y la relajacion, que los enemigos de la Iglesia observan en el cristianismo, es acaso la causa principal de que sea blasfemado entre ellos el santo nombre de Dios y de su Hijo Jesucristo. Honremos pues, nosotros al Señor con la santidad de nuestras costumbres, y tendremos derecho para decir á todo el mundo, que honre el nombre del Señor y le santifique.

¿Cuál es la segunda? — Venga á nos el tu reino. — ¿Qué pedís en esa peticion? — Que reine Dios en nuestras almas acá en la tierra por gracia, y despues nos dé la gloria.

Apenas se hallará en las sagradas Escrituras cosa mas recomendada á los hombres que el reino de Dios. El Bautista dió principio á su predicacion, exhortándoles á la penitencia porque se acercaba el reino de Dios (2). Con las mismas palabras la principió Jesucristo (3), y cuando ya asombraba á los pueblos con su doctrina y milagros, dijo á los Cafarnaitas (que se empeñaban en que no dejase su ciudad): es necesario que yo anuncie tambien á otras ciudades el reino de Dios, porque para esto he sido enviado (4). Lo primero que encargó á sus Apóstoles, cuando le acompañaban en su vida mortal, fué que predicasen el reino de Dios (5); y despues de su pasion les hablaba frecuentemente de él en las diversas ocasiones que se les apareció, hasta su Ascension al cielo (6). Tales y tantas recomendaciones del reino de Dios prueban la grande importancia de esta peticion.

Mas para entenderla bien, es necesario esplicar las diferentes significaciones de la espresion *reino de Dios. Primero*, significa la soberanía universal de Dios sobre todo cuanto existe, y en este sentido decia David: Dios es el Rey de toda la tierra, y reinará sobre todas las gentes (1). *Segundo*, significa la soberanía particular de Dios sobre los cristianos por medio de la fe y la esperanza, y en este sentido reina particularmente sobre todos aquellos que están dentro del gremio de la Iglesia, á la que tantas veces llama el Santo Evangelio reino de Dios y reino de los cielos. *Tercero*, significa otra soberanía de Dios mas particular sobre los cristianos por medio de la caridad, y en este sentido reina, no sobre los que están en pecado mortal, porque sobre estos reina el diablo (¡reinado horrible!), sino sobre los que están en su divina gracia, y este es el reinado que pedimos principalmente en esta peticion. ¡Qué reinado tan feliz! ¡Con cuánto fervor no deberemos pedir que reine Dios en nuestras almas acá en la tierra por gracia para merecer con ella el reino de la gloria!

(1) *Rom.* 2, 23, 24. — (2) *Matth.* 3, 2. — (3) *Id.* 4, 17. — (4) *Luc.* 4, 43. — (5) *Matth.* 10, 7. — (6) *Act.* 1, 3.

¿Cuál es la tercera? — Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo. — ¿Qué pedís en esa peticion? — Que hagamos la voluntad de Dios los que estamos en la tierra, como la hacen los Bienaventurados en el cielo.

Por desgracia entre todos los seres del mundo solo el hombre, que debia ser el primero en hacer la voluntad de Dios, es el único que la resiste. Se cuentan ya cincuenta y ocho siglos desde que Dios mandó al sol que iluminase al universo, y en tanta multitud de años no ha dejado un solo dia de cumplir su divino mandamiento. La luna, las estrellas, todos los astros, esa inmensa mole que llamamos cielos, no han salido en su contínuo movimiento ni una sola línea del camino que les señaló su Omnipotencia. Los mares, á pesar de sus borrascas y furiosas tempestades, siempre han respetado las barreras con que les cercó su Criador, aunque solo son de arena. Lo mismo han hecho respectivamente los demás seres. Todos han cumplido y cumplen exactamente con las leyes que les impuso el Omnipotente en el momento de su creacion; y si el sol se detuvo alguna vez en su carrera, ó la luna no dió su luz, fué para obedecer un nuevo mandato de su Criador. Solo el hombre, que siendo racional y libre, debia cumplir la voluntad de Dios de un modo incomparablemente mas noble y

(1) *Ps.* 46, 8, 9.